

Yaima Martínez
Aleman

*La literatura
como fenómeno
ideológico*

La literatura, como manifestación artística y parte de un conglomerado mayor que es la cultura, comparte en la sociedad humana un lugar específico dentro de la superestructura ideológica junto a otras formas de la conciencia social, como son la ideología, la política, la religión, la moral, la ciencia, la filosofía, entre otras. es un producto eminentemente espiritual que conjuga de forma dialéctica el ideal social —objetivo— de la época en que se inscribe, y el ideal subjetivo —individual— de sus creadores. Todas las manifestaciones artísticas —y la literatura no es una excepción—, en cuanto expresión de las necesidades materiales y espirituales de los hombres, están directamente relacionadas con la ideología de sus creadores, que a su vez se inscribe en la ideología de su época, clase y sociedad. Ningún artista, aunque quiera, puede soslayar en su obra este componente ideológico. Esto lleva a afirmar que la literatura es un fenómeno eminentemente ideológico. Muchos estetas y teóricos literarios han dudado a la hora de hacer tal afirmación, llevando a límites absolutos la autonomía de la obra literaria y temiendo que al reconocer el componente ideológico de la literatura se le reste importancia a su carácter estético.

El formalismo ruso es un ejemplo significativo en este sentido. Boris Eijenbaum, en primer lugar, defiende la autonomía absoluta de la obra literaria, concibiéndola como fenómeno concreto, de existencia real y objetiva; rompiendo de esta forma con las interpretaciones sociales e ideológica de la misma. No quiere decir esto que niegue la relación que se establece entre la obra lite-

raria y la vida social en que se enmarca, pero sí niega el hecho de que esta sea interpretada a través de este contenido extratextual. Según los formalistas, la forma de la obra literaria es un contenido en sí misma, el más importante,¹ así defienden la tesis de que la obra literaria es un “fenómeno social peculiar”² cuya objetividad se opone al plano de la subjetividad, que, a su entender, se centra en lo social, ideológico; limitando, de esta forma, lo ideológico al plano de la subjetividad; del pensamiento individual. La razón en que se basan los formalistas para hacer tal afirmación, según Eijenbaum, no es más que el poder que tienen las obras literarias para trascender su momento histórico, para seguir viviendo más allá de su época, aun cuando las condiciones materiales e ideológicas de esta dejen de existir, siendo, pues, sus valores estéticos los que trascienden y no su “supuesto” contenido ideológico.³

La obra literaria cuenta con una existencia real, objetiva e independiente de su creador y de su época y goza de un contenido interno que, según los formalistas, no es más que los valores estéticos que la caracterizan. A su vez, esta puede trascender su momento histórico precisamente por el grado de independencia con que cuenta. Ahora bien, hay que detenerse en un punto importante y que se le va de las manos a los formalistas, y es que ninguna de estas razones son absolutas. El hecho de que la obra literaria sea un fenómeno social, clasificado así por los mismos formalistas, hace que esta deba su existencia al individuo (creador) y a la sociedad en que se formó. Su mismo carácter social se debe precisamente al hecho de ser un producto de la sociedad, del ser social y no un producto etéreo, autocreado; por lo tanto, su independencia no es absoluta, sino relativa. Al ser un producto de la sociedad, inevitablemente la proyecta, tanto es así que aun cuando sus valores estéticos la hagan trascender, al debilitarse su contenido ideológico se debilita también lo atractivo de la misma: en la actualidad *La Iliada*, *La Odisea*, y *El infierno* de Dante siguen siendo monumentos literarios, sin embargo, al cambiar las condiciones socioeconómicas de la época que les dio origen, le

¹ Boris Eijenbaum: “La Teoría del método formal”, en: *Textos de teorías y crítica literaria (del formalismo a los estudios postcoloniales)*, compilación de Nara Araujo y Teresa Delgado, t. 1, pp. 44-45, 49.

² *Ibidem.*, p. 64.

dice al lector actual afectiva y emocionalmente muy poco; esto hace que el lector común generalmente no las prefiera, solo aquel lector que tenga conocimientos históricos y estéticos puede valorarlas y sentirse identificado con ellas. No ocurre lo mismo con aquellas obras que, además de sus valores estéticos, mantienen una vigencia ideológica durante épocas diferentes.

Es, pues, a nuestro entender, el contenido ideológico el que determina, en última instancia, la vigencia de la obra literaria, el hecho de que los lectores se sientan conmovidos e identificados emocional y afectivamente (razón de ser de la literatura) y no los valores estéticos que generalmente sólo logran conmover al lector "especializado", aun cuando la hagan trascender y le garanticen un lugar en la historia de la literatura.

Roland Barthes, exponente del estructuralismo inmanentista francés, y luego del postestructuralismo, también defiende la tesis de la obra literaria como hecho real, independientemente de su creador; en este sentido llega a afirmar que el autor no pasa de ser la mano que escribe la obra, al punto que este desaparece totalmente cuando la misma está terminada: "[...] La escritura en ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, al que va a parar nuestro sujeto, el blanco-y-negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe."⁴ Por esta vía el autor llega a afirmar que la obra literaria carece de un contenido subjetivo, ya que su autor se limita a transmitir en ella los elementos culturales tradicionales, que se van heredando de generación en generación.⁵

Por tanto, para Barthes no existe un autor sino varios autores materializados en la mano que se limita a escribir. El teórico francés sustenta esta tesis con la idea de que la obra literaria, al no proyectar los sentimientos e inquietudes de un individuo en particular, minimiza el mensaje que este pudo imprimirle, obrando múltiples interpretaciones de acuerdo con la multiplicidad de escrituras que conforman la obra;⁶ esta suma de interpretaciones son percibidas por el lector activo siendo (para Barthes) el momento de la recepción más importante que el momento de la escritura.

³ Idem.

⁴ Roland Barthes: "La muerte del autor", en *Textos de teorías y crítica...*, p. 241.

⁵ *Ibidem.*, 244-245.

⁷ *Ibidem.*, p. 245.

Las tesis de este autor proponen argumentos muy valiosos: la autonomía de la obra literaria; su relación directa con el resto de la cultura, donde obviamente ocupa un lugar preponderante la ideología; sus “múltiples escrituras” e interpretaciones; la importancia del lector activo. Todo esto lleva a afirmar que para Barthes la literatura es un fenómeno cultural y absolutamente objetivo. Para este autor, el ideal social no es más que la cultura de una sociedad determinada. El error que comete Barthes, según nuestro punto de vista, es no comprender que la obra literaria, como fenómeno social e ideológico es dialécticamente objetiva y subjetiva. El componente objetivo que él no reconoce es el que determina su autonomía relativa y no absoluta, ya que además de proyectar la ideología de su época y ser producto de toda una tradición cultural universal donde se conjuga el carácter diacrónico y sincrónico de la cultura, es también un producto directo de la subjetividad de su creador: esto determina que aunque una obra pueda tener más de una lectura, en el momento de la recepción, es el significado primario, aquello que conscientemente el autor quiso transmitir.

Tampoco logra comprender que estas interpretaciones que no dependen conscientemente de su creador, no surgen por arte de magia ni son creadas por la tinta y el papel del libro, también dependen de su creador, lo que ocurre es que este no lo percibe, no es consciente de ello, puesto que no es su subjetividad la que transmite estas ideas, es el ideal objetivo, social, que vive en su conciencia, aunque no sea percibido por él, aunque pueda o no estar de acuerdo con este. El lector es, en última instancia, quien capta estas ideas aportadas por el autor independientemente de su voluntad; esto es posible, precisamente, por el carácter social, objetivo, de este mensaje ideológico, compartido por el lector y el autor, quienes viven en una misma sociedad y son partícipes, sépanlo, o no, de estas ideas comunes, sociales, objetivas.

Por otra parte, muchos teóricos de renombre no dudan en afirmar el carácter ideológico de la literatura. Lucien Goldmann, máximo representante del estructuralismo genético, percibe la obra literaria como una estructura o sistema inmerso en una estructura jerárquicamente superior, que es la cultura y esta a su vez dentro de otra estructura mayor que es la “vida global” de la sociedad: “[...] tratar de comprender — afirma — la creación cultural al margen de la vida global de la sociedad en que se de-

sarrolla, es una empresa tan inútil como tratar de arrancar [...] la palabra de la frase o la frase al discurso [...].⁷

También reconoce Goldmann, de forma muy acertada, la relación que se establece entre “las leyes fundamentales que rigen el comportamiento creador en el campo de la cultura y las que rigen el comportamiento cotidiano de todos los hombres en la vida social y económica [...]”.⁸ De esta forma el teórico francés reconoce la existencia de una “conciencia colectiva” o “conciencia ideológica”,⁹ como también le da en llamar, relacionada estrechamente con la obra literaria y volcada en ella a través de la experiencia particular de su creador, de su concepción del mundo, como parte de un grupo social determinado. De esta forma concibe la literatura como un producto cultural, con un carácter ideológico objetivo y subjetivo: “En cuanto a la obra, tiene un carácter a la vez altamente individual y colectivo en la medida en que el grupo no hubiera podido tomar conciencia, o en cualquier caso lo habría hecho con muchas dificultades, de sus propias aspiraciones sin intervención de las individuales creadoras, pero, al mismo tiempo, estas individualidades creadoras, ya se trate del teólogo, del filósofo, del jefe político, del artista o del escritor, no hubieran podido nunca elaborar sus obras si no hubieran encontrado, aunque sólo fuera en forma tendencial, estos elementos y sus nexos en la conciencia colectiva”.¹⁰

Para Goldmann “conciencia colectiva” es una estructura equivalente a lo que el marxismo denomina ideal social.

Yuri Lotean, representante también del estructuralismo, afirma que la obra de arte no se limita a sus valores estéticos, que constituye “un determinado modelo del mundo”¹¹ directamente relacionada con lo que él denomina “conexiones extratextuales”, que son las que le aportan su significado: “Todo conjunto de códigos artísticos históricamente formados, que convierte al texto en portador de significado corresponde a la esfera de las relaciones extratextuales. Pero se trata de relaciones totalmente reales

⁸ Lucien Goldmann: “El estructuralismo genético en la sociología de la literatura” en: *Literatura y sociedad. Problemas de metodología en sociología de la literatura*, p. 228, Editorial Arte y Sociedad, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971.

⁹ Idem.

¹⁰ *Ibidem.*, p. 291.

¹¹ *Ibidem.*, p. 292.

[...]”.¹² Estas “relaciones extratextuales” no son más que las relaciones materiales y espirituales que el hombre (autor) contrae en la sociedad, donde se incluye, principalmente, la conciencia social. Para el marxismo esto no es más que la descodificación del mundo a través de la literatura.

Las corrientes marxistas de los estudios estéticos y teórico-literarios, como herederas del legado materialista de Marx y Engels y de las concepciones dialécticas, acerca de lo ideal son las defensoras por excelencia del carácter ideológico de la literatura; concibiéndola como parte de la producción espiritual que, debido a su relación directa con las restantes, es capaz de proyectarlas. Mijail Bajtín, Terry Eagleton y Adolfo Sánchez Vázquez, entre otros, son un ejemplo significativo.

Bajtín, en el terreno de la teoría literaria, reconoce la relación dialéctica que se establece entre la literatura (parte) y la cultura (todo); por tanto reconoce la relación estrecha entre arte, literatura e ideología: “[...] la unidad sistemática de la cultura se extiende a los átomos de la vida cultural, reflejándose como un sol en cada una de sus partes. Todo acto cultural vive esencialmente sobre fronteras: en esto radica su seriedad y significación, abstraído de estas, pierde el terreno, se hace vacío, arrogante, degenera y muere.”¹³ Así reacciona el teórico ruso en contra de las tesis formalistas que pretendían analizar la obra literaria como un fenómeno aislado del resto de la cultura; esto no quiere decir que niegue, sin embargo, el carácter autónomo de la obra literaria, sino que reconoce “su participación autónoma y autonomía participante”¹⁴ en la realidad concreta en que se inscribe; acotando que es precisamente este vínculo con su realidad material y espiritual lo que garantiza su existencia real y objetiva: “[...] vive y es valiosa — como obra artística —, claro está no en nuestra psiquis [...] vive y es valiosa en el mundo, también vivo y valioso, en los sentidos cognoscitivo, social, político, económico y religioso.”¹⁵

¹² Yuri Lotman: “El concepto de texto”, en: *Teorías y crítica literarias (del formalismo a los estudios postcoloniales)*, compilación Nara Araujo y Teresa Delgado, t. 2, p. 19.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Mijail Bajtín: *Problemas literarios y estéticos*, p. 31, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1986.

¹⁵ *Ibidem*.

Así Bajtín iguala, de la misma forma que lo hace Barthes, el componente cultural con el ideal social.

Terry Eagleton afirma que el texto literario es un tipo específico de ideología y por tanto “produce ideología”,¹⁶ específicamente en la proyección histórica que inevitablemente lo caracteriza. Este teórico ve la proyección ideológica de la literatura precisamente en esta proyección histórica; aun más, define el componente ideológico como la “estructura dominante del texto”.¹⁷ También reconoce el carácter dialéctico del ideal al afirmar que existe “una doble relación, no sólo la relación objetivamente determinable entre el texto y la ideología, sino también, y de modo simultáneo, esa misma relación pero «subjétivamente» exhibida, oculta, insinuada y oscurecida por el texto mismo”.¹⁸ Al aceptar esta relación objetiva ya está afirmando que lo ideológico se proyecta en la obra literaria independientemente de la voluntad de su creador.

Adolfo Sánchez Vázquez, en el terreno específico de la estética, tampoco duda en afirmar esta relación entre literatura e ideología sin obviar su carácter autónomo: “[...] aunque el condicionamiento social no agota el modo de ser de la obra de arte, no podemos prescindir de él. El arte es una esfera autónoma pero su autonomía sólo se da «por», «en», y «a través» de su condicionamiento social”.¹⁹ También destaca la relación objetiva entre el creador y el lector como partes del resto de la sociedad y la presencia en la literatura de ideas sociales, comunes a todos los miembros de la misma: “Arte y sociedad no pueden ignorarse porque el arte mismo es un fenómeno social [...] porque el artista por originaria que sea su experiencia vital es un ser social [...] porque su obra [...] es siempre un puente, un lazo de unión, entre el creador y otros miembros de la sociedad [...] afecta los demás, contribuye a elevar o desvalorizar en ellos ciertos fines, ideas o valores, o sea, es una fuerza social que, con su fuerza social o ideológica, sacude o conmueve a los otros [...]”.²⁰

¹⁶ *Ibidem.*, pp. 32-33.

¹⁷ Terry Eagleton “Hacia una ciencia del terreno”, en: *Textos de teorías ...*, t. 2, p. 138.

¹⁸ *Ibidem.*, p. 139.

¹⁹ *Ibidem.*

²⁰ Adolfo Sánchez Vázquez: *Las ideas estéticas de Marx*, p. 115, Editorial Arte y Sociedad, Instituto Cubano del Libro, La Habana, Cuba, 1973.

De esta forma el autor destaca más la función ideológica de la literatura que su carácter ideológico. Para Sánchez Vázquez el “valor supremo” de la literatura y el arte no deja de ser su valor estético, sólo que él incluye dentro del logro artístico de una obra la capacidad de reflejar artísticamente la ideología de una época determinada: “El valor supremo de la obra de arte, su valor estético, lo alcanza el artista en la medida en que es capaz de imprimir una forma determinada a una materia para objetivar un determinado contenido ideológico y emocional humano, como resultado de lo cual el hombre extiende su propia realidad. Pero este valor supremo de la obra de arte — fin último y razón de ser de su existencia — se da junto y a través de otros valores: político, moral, religioso, etcétera, en la supraestructura ideológica”.²¹

Así incluye el autor a la literatura dentro del ideal social o de la vida espiritual de una sociedad determinada.

Todor Pavlov, por su parte, dedica un ensayo al análisis de la relación existente entre la cultura, la ideología y el arte en el cual no duda en afirmar que “[...] el arte es incluido de manera absolutamente fundamentada dentro de las ideologías”,²² especificando que representa un tipo particular de ideología”.²³

Horst Redeker ofrece valiosas concepciones con respecto a la función cultural y educativa del arte y la literatura, al igual que Sánchez Vázquez. “La función educativa del arte — afirma — resulta esencial por el hecho de que el individuo se vivencia a sí mismo en el arte como un ser colectivo, por el hecho de que a través de la vivencia estética se afirma y se confirma en su «existencia más individual» como miembro de una colectividad.”²⁴

También destaca este autor cómo la obra de arte, en la capacidad que posee de reflejar la vida real, adquiere un carácter objetivo. “La obra refleja la realidad, y en la medida en que lo hace, es del todo objetiva.”²⁵ Sin embargo, el autor no niega la subjetividad del creador en la obra de arte. “La obra de arte — dice — es el

²¹ *Ibidem.*, p. 134.

²² *Ibidem.*, pp. 136-137.

²³ Todor Pavlov: “Cultura, Ideología y Arte”, en: *Cultura, ideología y sociedad*, p. 114, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975.

²⁴ *Ibidem.*, p. 121.

²⁵ Horst Redeker: “Sobre la función cultural del arte”, en: *Cultura, ideología y sociedad*, p. 127, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975.

producto de un individuo que se expresa en ella y, en cuanto tal, la obra de arte es del todo subjetiva".²⁶

Así expresa la proyección dual, dialéctica, que se da en el arte y en la literatura, del sentir y la ideología de una sociedad determinada, su conciencia social y la ideología individual del creador como parte de ella. En este sentido concluye diciendo. "La obra de arte, en la medida en que es realista [...] no es sólo del todo subjetiva, sino también del todo objetiva [...] al expresar el artista lo personal propio, expresa al mismo tiempo lo universalmente válido y aprende la verdad sobre la realidad de una manera subjetivamente experimentada y personalmente penetrante."²⁷

Otro de los teóricos que también ofrece puntos de vista valiosos con respecto al condicionamiento ideológico del arte y la literatura es Jean Fréville. Este autor, al igual que los anteriormente citados que entran dentro de las corrientes marxistas, acepta la relación existente entre la obra literaria y el resto de las esferas ideológicas. También destaca la posibilidad que tienen el arte y la literatura de constituir vehículos ideológicos en la lucha de clases, en la construcción de una sociedad nueva sobre la vieja, posibilitando el desarrollo histórico: "Ni la literatura ni el arte representan esferas etéreas sustraídas a las agitaciones terrestres. Son campos de batalla donde se afrontan las ideologías adversas, donde se libra un duelo sin piedad entre lo antiguo y lo nuevo; donde las ideas, invulnerables a las balas, caen y mueren también; donde las victorias y las derrotas de las concepciones inmateriales acarrearán cambios profundos en la vida material de los hombres,"²⁸

Todas estas teorías no hacen más que evidenciar el carácter ideológico de la literatura en cuanto manifestación artística. Muchos teóricos de renombre como los formalistas, capaces de crear teorías literarias tan formidables, en su intento de minimizar la importancia de este componente, sólo lograron mutilarlas, dotarlas de un carácter absoluto y dogmático. La obra literaria es objetiva y subjetivamente ideológica y es precisamente este carácter dialéctico el que determina su posición privilegiada dentro de la vida espiritual de la sociedad, como forma autónoma y específica de la misma. No importa el término utilizado para designar este

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ *Ibidem*., pp. 127-128.

conjunto de fenómenos espirituales comunes a toda una sociedad; ya sea "cultura", "conciencia colectiva", "conexiones extratextuales", todas tributan a un concepto superior y más general que es el ideal social.